

FILMS de AMOR

EL TRONERA



Num.
251

Films.
25

JEAN ARTHUR - ROBERT ARMSTRONG

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

**REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
VALENCIA, 234-APARTADO 707-BARCELONA**

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 251

EX BAD BOSTON 1931

EL TRONERA

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por los artistas

Robert Armstrong v Jean Arthur

Adaptación por C. G. SERRA

EXCLUSIVAS UNIVERSAL
Hispano American Films, S. A.

Mispano American File

Director Gerente:

Viajaria 233 Barcelona

Valencia, 233. BOPPEU DE Barcelona

REPARTO

Chester Robert Armstrong (*novio*)
Ethel Jean Arthur (*novia*)
Letta Lola Lane (*artista*)

Argumento de dicha película

卷之三十一

Amigo lector: ¿recuerda usted el título de aquella hermosa película titulada "Despertar para Morir"? Pues este es el efecto que produce al marido que lleva casado veintitrés años, cuando su mujer le agita con toda violencia al propio tiempo que le grita:

Levántate que son las once!
La cosa estaría bien, porque esa hora no
es nada intempestiva, pero ocurre en este caso
la pequeña circunstancia de que el viejo
Simmons ha pasado la noche en un cabaret,
bebiendo más de la cuenta y se ha retirado
a la madrugada, dibujando eses por la calle.
Ahora llega la hora de las explicaciones.

—¿Con qué cliente estuviste anoche?

—Con uno del Canada.
La mujer hace un examen y descubre

La mujer hace un examen y descubre junto a la mejilla derecha de su marido una mancha de carmín. Pasa sobre ella la yema del dedo y se lo aplica a su marido entre los ojos.

—¡Pintura, mujer!... Una muestra de las pinturas que vendemos... que se corrió.

—Venderías muchas pinturas anoche, ¿no?... Es bien extraño que siendo dos socios, siempre tienes que atender tú a los clientes de noche.

—Chester estuvo conmigo...—suspira tímidamente el marido.

—En este momento, para estropear el negocio, llega la criada anunciando que el señor Chester está abajo con unos papeles. El marido le ordena que se quede abajo y la dama le manda que suba. Ya se sabe que siempre ganan las señoras. Y cuando tiene al pobre Chester, al infeliz Chester delante, le espeta esta pregunta:

—¿También estuve con mi marido, anoche?

—No, señora... Yo me acosté a las diez.

Por si esta categórica respuesta fuera poco, surge una complicación y es que se presenta la criada con un monedero de señora para el señor Simmons:

—El chófer que le trajo esta madrugada acaba de devolver este monedero que se dejó olvidado la señora que iba con usted.

Y entonces la señora tiene una sospecha torturante:

—¡Simmons, tú me engañas! —y ordena a la criada que le traiga una limita para afilarse las uñas.

La vida de este matrimonio sería feliz si no fuera por estos pequeños episodios que complican la vida de ambos. Pero ya se sabe que una mujer celosa es insopportable. Cada día surge una nueva sospecha y el pobre marido sufre lo indecible.

Llega hoy la hija del colegio. La que se fué una niña vuelve hecha una mujer y por añadidura, monísima. ¿Logrará el padre sentar la blanqueada cabeza? En el próximo episodio lo veremos.

La niña tiene un pretendiente: Rogelio, y ese pretendiente es un muchacho distinguidísimo, tan distinguido, que en su vida ha hecho nada que fuera útil. Pero el chico, cuando es presentado a la madre, tiene una frase feliz:

—Ya sospechaba yo que Ethel debía tener una madre no menos encantadora que ella. Pero la realidad sobrepasa todas mis suposiciones.

—¡Qué chico más simpático! — exclama la madre conmovida.

—¡Qué chico más simpático! — exclama la madre conmovida.

—¡Animal! — exclama la madre.

II Señor y señora

—¡Animal! Como se debe suponer, la que habla es la señora Simmons y el que escucha el pobre señor Simmons.

—¡Animal! ¿Dónde encontrariamos un yerno como él en este pueblo?

—Yo necesito alguien que sepa cuidar el negocio.

—Sí: uno que tenga quince años más que Ethel.

—¡Ojalá te los llevara yo ahora!

—Lo que túquieres es dársela a tu socio!

La discusión se encona más de lo conveniente y la cortamos porque no queremos adornar el diálogo con palabras superfluyas como animal, bestia, idiota, etc. Pero después de este diálogo el señor Simmons se lleva el triste convencimiento de que su mujer quiere casar a la niña con el imbécil Rogelio, que este es el nombre del elegante vago.

Aquel mismo día, cuando el señor Sim-

mons se halla trabajando en el despacho, aparece la hijita y en cuanto la ve pone mala cara.

—Siempre te figuras que vengo a pedirte dinero—dice ella.

—Lo triste es que acierto. ¿Te bastarán cincuenta dólares?

—Bueno... Pero dámelos pronto que Rogelio me está aguardando abajo.

—¿Quién es ese mostrenco?

—Oye, trata mejor a tu futuro yerno...

—Bueno, bueno... Voy a por el dinero.

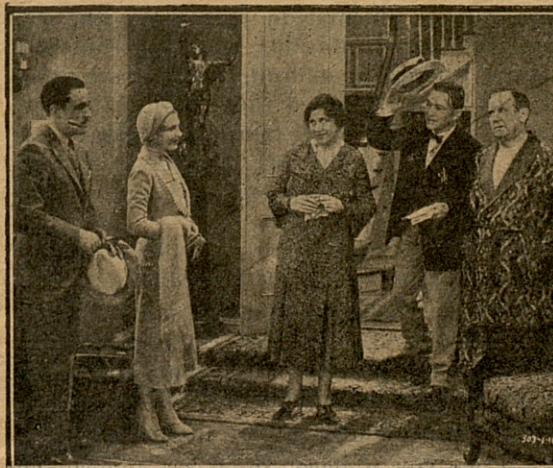
Y el señor Simmons pasa al despacho de Chester y en cuanto le ve tiene una idea luminosa:

—Oye, ¿te gustaría casarte con mi hija?

—Usted siempre se burla de mí... — dice él poniéndose colorado—. Claro que me gusta, pero las mujeres parecen no entusiasmarse conmigo.

—Pruébalo con Ethel. Está en el despacho mío. Ve y déclarate. Di que la amas... dile que es muy bella... eso nunca falla con las mujeres. Para empezar dale estos cincuenta dólares.

Chester es más tímido que un ciervo. Cuando habla con una muchacha se turba y no da pie con bola, pero esta vez, tiene bastante dominio sobre sí mismo y sólo le tiembla el cuerpo y la voz, pero se atreve,



Siempre te figuras que vengo a pedirte dinero.

—Su padre... quiere que... yo... le diga... que es usted... muy bella...

—Gracias por su galantería, Chester. Adiós.

—No, si no me voy... Ahora, si eso la ofende a usted...

—No; ofenderme no, al contrario, pero sin querer ofenderle a usted, sería más rápido si hablase de una corrida.

—Bueno, pues quería preguntarle... si le gustaría un marido más viejo que usted.

—¡Al contrario! Es lo que yo desearía,

pero quiero un marido más viejo que yo, que conozca el mundo, uno que sabiendo hacerse querer de cualquier mujer, me quiera sólo a mí. Y usted sabe, amigo Chester, que está usted muy lejos de realizar este ideal. Quiero un hombre que haya viajado.

—Yo estuve una vez en los Angeles quince días...

—No desespere por eso... Algún día se casará; usted ha nacido para casarse.

Y la muchacha se marcha alegremente. Minutos después, Chester se lamenta con aquel tono de suegro que tiene delante y acaba diciéndole:

—Claro! La niña quiere un tenorio...

—Pues voy a hacer de ti un tenorio en menos de veinticuatro horas. ¡Ese Rogelio va a quedar en ridículo!

Y desde aquel momento, el señor Simmons empieza el difícilísimo trabajo de convertir a su socio en un conquistador empedernido.

III

Después de todo, el sentar plaza de calavera no resulta nada difícil. Sólo consiste en ir a un buen fotógrafo y comprarse unos cuantos retratos de muchachas, adornándolos con sendas dedicatorias. Y ellos lo hicieron así. Fueron a un buen almacén y compraron una magnífica fotografía de Letta Bravo, la estrella de la pantalla, de moda en aquel entonces (hace de eso muchos años), con objeto de dar el pego.

—Pero nadie lo creerá! — dijo Chester.

—Tú estuviste en los Angeles durante el congreso de Pintura. Allá la conociste, allá se enloqueció por ti y te dedicó este retrato. En el despacho le pondremos la dedicatoria.

Lo hicieron así. Imitaron muy bien la letra de ella, en una dedicatoria, que decía:

A mi inolvidable Chester:

En recuerdo de horas felices y locas, pasadas en Hollywood.

Eternamente,

Letta.

Costó poco hacer que esta fotografía llegase a manos de la señora Simmons, la cual, en cuanto la vió, en presencia del interesado, se lo miró con ojos desorbitados, muda de asombro...

—Me da vergüenza que haya sorprendido mi secreto... —dijo él, avergonzándose, alegremente de antemano por el futuro suegro.

—¡Y tan callado que se lo tenía...! ¡Es usted un mátalas callando!

Chester con sincera humildad.

—Es favor que usted me hace — exclama El señor Simmons pone cara de circunstancias, como si fuera a echarle en cara al pobre Chester aquel desliz del que él — Simmons — es el único responsable.

—Al menos — dice la señora adivinando la intención de su marido—, él es soltero. —Y luego, dirigiéndose a Chester, añade: —pienso al revés que mi marido. A un soltero se lo perdonan todo... ¡pero a un casado que falta a su mujer, le cortaría el pescuezo!

Aquella estratagema ha sido la gran solución. La fama ha acrecentado la insignificante figura del pobre Chester, y éste está que no puede sacudirse de encima a la gente, en particular a las señoras que, ávidas de curiosidad, no hacen más que preguntarle cosas de Hollywood.

—¡Pronto lo sabrán hasta los gatos del pueblo! — laméntase Chester a su suegro.

—No te apures. Eso te dará fama y hará de ti el don Juan que Ethel quiere conquistar.

En efecto: desde que la noticia llega a oídos de la joven, corregida y aumentada, ésta siente una rápida simpatía hacia el pobre Chester y no puede explicarse cómo antes no ha adivinado los encantos de aquel muchacho cautivador.

Ethel quiere oírlo de labios del propio interesado y se lo lleva al jardín, al jardín misterioso que bajo la noche callada exhala turbadoras emanaciones de esas flores nocturnas que sólo trabajan por la noche.

—No me lo niegue, Chester. Por eso mi afecto hacia usted no va a disminuir — dice ella ante las insistentes negativas del muchacho—. Usted estuvo en los Angeles, ¿no?

—Eso sí —afirma el muchacho.

—Y Hollywood está a dos pasos, ¿no?

—Sí; claro...

—Y fué un amor fulminante, ¿no?

Llegan otras personas de las que asisten a la reunión de los Simmons aquella noche y proponen ir al cine, donde están dando "La Pantera Enamorada", de Letta Bravo, pero Chester no quiere ir.

—Comprendemos sus escrúpulos, pero lo pasado, pasado — dicen.

No tuvo más remedio que aceptar la invitación. Pasó un mal rato. Ethel estaba a su

lado, y la joven, sin darse cuenta, se inclinaba hacia él para hablarle al oído preguntándole cosas relacionadas con la fulana que aparecía en la pantalla.

—Pensar que usted se pasó con ella horas
locas y felices! — exclama Ethel.

Chester se encoge de hombros.

—¿Y qué efecto le hace verla en la pantalla? ¡Cómo le turbarán los recuerdos de aquellas horas!

—Sí... son muy turbantes...

—¿Eran así los besos que se daban?

—Sí: esos besos son de aprendiz.

Y así toda la noche. Chester acabó turbado más que por las contorsiones y extravagancias de su supuesta amante, más que por las miradas picarescas de la gente a medida que la noticia de la sensacional conquista de Chester iba corriendo por la sala, por la turbadora proximidad de Ethel y por aquel diabólico perfume que ella usaba, hecho de pétalos de rosa y de suspiros de amor.

La noticia cayó como una bomba. El primero en darla fué "La Luna", el periódico nocturno de la capital, que publicó en grandes titulares una noticia que dejó asombrado, confuso y desquiciado al pobre Chester.

Decía "La Luna" en sus grandes titulares:

Sus admiradores tendrán ocasión de verla en el Cine Luna, a su paso para Hollywood.

¿Qué iba a hacer el pobre Chester ante la inesperada presencia de la artista? El joven nadaba en un mar de confusiones.

Al día siguiente llegó la estrella reful-
gente y fué un acontecimiento local. Se ha-
bía reservado de antemano todo el tercer piso
del hotel y las autoridades se hallaban en el
vestíbulo del establecimiento para darle la
bienvenida.

Simmons estaba también algo desconcertado, y por no ser menos que todos los curiosos del pueblo, fué a ver la llegada de la artista.

—¿Dónde está Chester? — le preguntaban.

—Los negocios lo reclaman fuera del pueblo — contestaba.

Por fin, después de media hora de espera, llegó la artista. No venía sola. Iba con ella el gran director Swift, que según rumores fide dignos iba a casarse con la estrella rubia, de un momento a otro.

Este Swift era un hombre terriblemente celoso. Lo de casarse era bastante problemático, porque la verdad era que Letta no estaba dispuesta a esclavizarse con aquella especie de toro de las pampas, más celoso que Otelo y más bruto que un boxeador en el ring.

Rogelio estaba enterado de estos pormenores con antelación. Nos habíamos olvidado de este personaje. Es tan insignificante, que se nos había esfumado, pero conviene volverlo a meter en escena, porque en lo sucesivo será uno de los personajes más importantes. El muchacho había pasado a ocupar un lugar muy secundario en el corazón de Ethel, desde que Chester se reveló como un tenorio empedernido. También perdió la simpatía de la suegra, debido a cierto proceder que no le agradaba a la señora Simmons.

Por todo lo cual el joven, deseoso de volver a ocupar el rango a que él aspiraba en el corazón de la joven, decidió jugar a Chester una juguete.

Empezó por entrevistarse con Swift y le contó con toda clase de pormenores las relaciones íntimas de Chester con Letta Bravo.

El director tuvo un arrebato de celos y juró que lo mataría,

—¿Dónde está ese impostor? — preguntó iracundo.

—Ahora podrá encontrarlo en casa de su suegro, calle del Angel, número 1.

Después Rogelio fué a entrevistarse con Letta Bravo y le dijo:

—Swift va a hacer papilla a Chester Binney.

—¿Quién es ese Binney? — dijo ella —. Es la primera vez que oigo tal nombre.

Entonces Rogelio refirió a la artista lo que Chester contaba con respecto a ella. A medida que Rogelio hablaba, el rostro de la joven se iluminaba. Había concebido una idea que le apartaría para siempre de Swift y quiso ponerla en práctica.

En tanto, en casa de Simons se estaba tramando una tragedia mientras Swift iba camino de la casa para tramar otra. Lo que allí se tramaba era nada menos que invitar a Letta Bravo a una fiesta en la que se encontraría con Chester. Las señoras estaban deseosas de ver una escena de amor de Letta Bravo, interpretada en la realidad de la vida.

Y, en efecto, la propia señora Simmons se colgó al teléfono y se puso al hablar con la estrella, invitándola a una fiesta en su casa.

—Aquí estará también Chester Binney... — insinuó la señora Simmons.

A todo esto, Swift ya llamaba a la puerta del hogar de los Simmons, y el propio suegro de Chested fué a abrir. Pero lo que ocurrió después merece capítulo aparte.

V

Como dijimos, cuando Swift llamó a la puerta fué a abrir el propio señor Simmons. El desconocido entró en la casa como una tromba.

—Diga a su ama que Mr. Swift está aquí.
—¿A mi ama? —replicó el señor Simmons.
—¡Sí, hombre! ¡Y date prisa! ¡Qué criados más idiotas!

—¿Yo el criado...? ¡Soy el marido de la señora Simmons, de la casa Simmons y Binney, sociedad en comandita. ¿En qué puedo servirle?

—En llevarme a donde está su socio.
En este momento se presentó Chester como llovido del cielo, y Simmons se vió obligado a hacer la presentación. Al ver delante a su rival, Swift se lo miró de pies a cabeza.

—Entiendo que es usted un gran tenorio—
dijo aparentando el tono más frívolo.

—Tanto como gran tenorio, no... pero puede pasar... —dijo el otro.

—Chester es muy modesto desde que está prometido con mi hija —apuntó el señor Simmons.

—He oído hablar —indicó el otro —de unos amores tuyos con una célebre estrella de cine... Yo conozco a la señorita Bravo, ¿sabe usted?

—La gente siempre exagera —dijo algo amoscado el pobre Chester —. Pero ¿con qué derecho nos interroga usted así? —preguntó.

—¡Porque Letta Bravo es mi prometida! —exclamó Swift, echando lumbre por la boca, empezando a sacarse la americana.

Muertos de miedo Simmons y Binney, Sociedad en Comandita, retrocedieron unos pasos, y el dueño de la casa exclamó:

—¡Cálmese, cálmese...! ¡Yo sé lo explicaré todo!... Eso fué una broma que le jugamos a mi hija para castigar sus celos.

—¡Por Dios!... ¿Cómo puede usted creer que yo enamorase a miss Bravo?

Ante tamañas razones Swift se conformó.

—Aunque la broma es algo pesada, la perdonó por esta vez —dijo.

La cosa habría acabado felizmente como en los cuentos y las tragedias cinematográficas, si no se hubiera presentado, inopinadamente, seguida de un nutrido grupo de las damas que había en el jardín, la señorita Bravo.

—¿Qué vienes a hacer aquí? — preguntó Swift yendo a su encuentro.

—Ahora lo sabrás todo — dijo ella avanzando hacia el centro del vestíbulo y buscando a alguna persona —. ¿Dónde está mi adorado Chester?

Si en aquel momento hubiera hecho explosión una carga de tres kilos de dinamita, no se hubiera formado mayor confusión. Por un lado, Letta y Swift fué a arrojarse a los brazos de Chester con distintas intenciones: ella para abrazarlo y él para estrangularlo; pero entre el señor Simmons y unos criados cogieron a Swift y lo arrojaron fuera de la casa.

Chester, al ver la doble acometida, trató de escabullirla, pero Letta iba tras él gritando:

—¡No me huyas, vidita!

—¡Por Dios, señora! — exclamó Chester dejándose abrazar, cuando vió que se había conjurado el peligro del celoso rival.

—¿Vas a decir que no me quieres? — gemía Letta —. ¿Ya te olvidaste de nuestras horas felices y locas de Hollywood?... ¡Maldíceme, reniégame... mátame si quieras, pero no puedo remediarlo! Creí poder olvidarte, Chester, pero mi pasión se desborda de nuevo y comprendo que no puedo vivir sin ti...

Ante este inesperado chaparrón que presenciaron todos los invitados, incluso Ethel, Chester creyó morir de vergüenza y se escabulló como pudo.

Media hora después, Ethel se quejaba amargamente:

—Ethel... no fuí yo: fué ella. Yo no tuve la culpa. Te juro que nunca amé a nadie más que a ti.

—¿Cómo quieres que te crea? ¡Siempre te veré en brazos de esa mujer! Tú eres mi único amor. Lee la verdad en mis ojos.

Se hallaban en el vestíbulo. La escena era conmovedora y la presenciaban Simmons y su madre. De pronto vino una criada y anunció al dueño de la casa que la señorita Broom quería hablarle.

—Dígale que salí de viaje.

La criada salió con el encargo, pero minutos después se presentó la señorita Broom en persona.

—Necesito mi bolso — dijo ella displicientemente.

—¿Otra amiguita de Chester? — preguntó la señora Simmons.

Aquello fué una solución para el señor Simmons.

—Sabe que Chester va a casarse y quiere que le devuelva sus cosas.

Chester iba a protestar enérgicamente, pero ¿quién le creería?

Con aquel aire de dignidad que le caracterizaba, el señor Simmons fué al despacho y regresó con un paquetito que entregó en nom-

bre de Chester a la joven y ésta se marchó creyendo que la gente de aquella casa se había vuelto loca.

—¡Seductor! — ¡Libertino! — dijo Ethel cuando se encontraron solos.

Pero Chester no podía pasar por aquello. Cuando Ethel se marchó, echando chispas por los ojos y tronando palabras gruesas, aunque no del calibre de las que empleaba su madre, el muchacho llamó a su socio y le dijo:

—Es usted el sinvergüenza más grande que me he tirado a la cara.

—¿Quién, yo...? — dijo él ingenuamente.

—Sí, usted, usted...

Y Chester avanzó unos pasos hasta ponerse a la altura de su suegro, el cual, sin comprender el sentido de sus palabras, le contemplaba absorto.

—¿Me va usted a decir que lo que ha hecho usted no es una canallada?

—Pero, ¿qué he hecho yo, vamos a ver?

—Calumniarme delante de mi novia. Ponerme en evidencia delante de su señora, la cual me tomará en mal concepto. Ethel, por su parte, ha vertido sobre mí toda suerte de improperios y parece dispuesta a abandonarme. Todo por culpa de usted.

—Pero ven aquí, pedazo de tonto — dijo el señor Simmons agarrándole por un brazo, en tono conciliador—. ¿No comprendes

que todo es en beneficio tuyo? Aquí se trata de aparentar que eres un conquistador irresistible para que Ethel te tome afecto. Yo hice venir a esa muchacha con ese exclusivo objeto. ¿Acaso te has figurado que la chica venía por mí? El suponer semejante cosa me ofende mucho, Chester, me ofende en lo más hondo de mi corazón.

La única solución que había era tirarle algo a la cabeza. Y así lo hizo Chester. Mientras su suegro estaba perorando sobre moral, retrocedió unos pasos, agarró un jarro de porcelana que había sobre la mesa de centro y lo arrojó con toda su furia sobre la cabeza de Simmons, el cual estuvo a punto de morir en aquella ocasión, en manos de su consocio.

La cosa no podía quedar así. Faltaba el trago más amargo. Swift, al verse burlado, juró vengarse. Contra lo que Letta esperaba, aquella fuerte escena de celos no había calmado a Swift. Al contrario, éste sintió la impátriosa necesidad de romperle la cabeza a Chester antes de abandonar el pueblo, y juró que si no

podía hacerlo tendría remordimientos toda la vida.

Aquella noche se daba una función de honor, a la que asistía la estrella. Se proyectaba su última producción titulada "Batirse a oscuras", dirigida por Donald Swift.

Era una película que venía precedida de gran fama; la escena culminante era lo que daba título a la obra. Representaba un duelo entre dos amantes, que se disputaban el amor de una mujer encerrados en una habitación a oscuras donde no había más claridad que el fogonazo de los disparos que se hacían el uno al otro. La película tenía mucho éxito y Leta se presentaba al público de la localidad en sus dos formas: en imagen y en persona.

Había gran espectación. El teatro estaba totalmente vendido y las localidades se pagaron a peso de oro.

Cuando llegó Leta acompañada de Swift el numeroso público allí congregado le tributó una ovación estruendosa. La gente puesta en pie aplaudía con entusiasmo a su artista predilecta y ella correspondía repartiendo sonrisas por doquier.

Naturalmente, la señora Simmons quiso ir a la función, y Chester no tuvo más remedio que acompañarles. Para mayor suplicio, se tuvieron que sentar muy cerca del director y la estrella. De cuando en cuando Chester



Cuando llegó Leta...

y la señorita Bravo se dirigían alguna mirada.

Esto exasperaba a Swift, que no podía estar más nervioso.

—¡Si vuelves a mirar a ese gañán la estrangulo! —le dijo una vez.

Por otra parte, Ethel también había observado aquellas miradas y estaba furiosa.

—¿Me has traído aquí a que se burlen de mí? —decía.

—¿Yo...? ¡Tú me has traído! — replicaba él.

Por fin tuvieron que marcharse tanto unos como otros porque la vida se les hacía imposible. Letta, profundamente amargada de los insoportables celos de Swift, se encerró en su cuarto. Esto exasperó a Swift de tal modo, que sintió la necesidad de ir inmediatamente en busca de Chester para romperle la cabeza, y se dirigió a casa de Simmons.

Allí le encontró. Precisamente al propio Chester le había ocurrido algo parecido a lo suyo. En cuanto llegaron a la casa, Ethel y su madre se habían encerrado en sus respectivos cuartos y suegro y yerno discutían acaloradamente.

Swift se encontró la puerta abierta y entró hecho una furia. En cuanto vió a Chester se quitó la chaqueta para acometerle con más facilidad.

Chester vió que la cosa iba mal parada y empezó a retroceder con objeto de guardar una distancia prudencial.

Simmons quiso afectar sangre fría y encárdose con el recién llegado, le dijo con el tono más amable del mundo:

—¿A qué debo el honor, caballero...?

Swift avanzó unos pasos mirándoselo fijamente.

—No me venga usted con frases. Vengo aquí a hacer algo positivo, a romperle algo



— Esta fotografía es de cuatro meses.

al tipo éste que se ha colocado detrás de usted.

—¡En nombre de Letta no se pierda! — dijo Simmons, interponiéndose —. Ella debe todo lo que es al más grande director del mundo...

—¡Lo que me revienta es que nunca me hablara de su socio! — dijo Swift.

—Usted tendría que ver una gran película a este respecto. Se llama "Perdónala".

—¡Es mía! — dijo Swift, halagado.

—¡Qué talento! Pero ¿por qué no hace usted lo que aconseja en ella?

—¿Debo perdonarla entonces? — preguntó Swift.

Y después de reflexionarlo un momento, añadió:

—Tiene usted razón: los perdonó. Usted, que ha sabido estimar el mérito de mis películas, me ha señalado el camino a seguir.

A todo esto, Chester se había escurrido, ocultándose en una habitación, y Rogelio, el desafortunado rival de Chester e inductor de aquellas complicaciones, que había visto pasar a Swift en dirección a la casa de Simmons y la había seguido, presenció desde la puerta toda la escena.

—Hace usted bien — dijo Simmons —, mucho más teniendo en cuenta que lo que pudiera haber ocurrido entre mi yerno y su novia fué en fecha anterior a que estuvieran prometidos.

—Pues dígale a ese Chester que venga y le daré la mano... como en mi película.

Más contento que unas pascuas, el señor Simmons fué a buscar a su patrocinado.

Mientras Swift se hallaba aguardando, Rogelio fué hacia él.

—Usted lleva un año de prometido con Letta, ¿no? — dijo, mostrándole el retrato.

—Sí. Pero ¿a qué viene esto?

—Esto viene a cuenta de que en este re-



Rogelio le cerró el paso.

trato ella lleva el vestido de su última película. Por lo que esta fotografía no puede tener más de cuatro meses. De todo esto resulta que esas horas locas de Hollywood fueron durante su compromiso... ¿Se lo perdonará también?

—¡Ah, eso no! — exclamó Swift perdiendo el quicio.

—Entonces obre usted en consecuencia — dijo Rogelio, viendo que las cosas se ponían en su punto.

—Sí. ¿Qué debo hacer?

—Debe usted romperle la cabeza inmediatamente.

—¿Cree usted?

—Cuando menos esta es su obligación. Es lo que hacen los caballeros que se encuentran en el caso de usted.

—Pero, ¿y si es inocente?

—Aunque sea inocente debe usted romperle la cabeza por si acaso no lo es. Lo evidente, hasta ahora, es que Chester ha tratado de suplantarle y aunque fuera cierto que no hubiese tenido relaciones de ningún género con la artista, hubo la intención y con la intención, basta.

Swift quedó pensativo unos momentos. Parecía frío. Rogelio lo comprendió así y le azuzó más:

—¡Ah, si usted le hubiese oído presumir de las cosas que había hecho con la artista! No cesaba de contar a la gente las más absurdas historias de sus amores y hasta creo que alguna vez le ha puesto a usted en ridículo contando que era usted un director de paja o cosa así.

Esto exasperó a Swift. Podía tolerarlo todo, pasar por todo, menos por aquello. Sus ojos se desorbitaron, apretó los puños, crujió los dientes y echó una feroz mirada hacia la puerta por donde había desaparecido el señor Simmons.



Vió a su novio victorioso.

En esto, el señor Simmons se acercaba con el pobre Chester. Venía éste medroso, sin dar crédito a lo que le decía su consocio. Cuando se encontró frente a Swift mantuvose a conveniente distancia y le preguntó ingenuamente:

—¿Es seguro que no está enojado?

Swift empezó a quitarse la chaqueta, dirigiendo a su supuesto rival miradas fulminantes. Simmons y Chester estaban desconcerta-

dos; este último trató de huir, pero Rogelio le cerró el paso.

—¡Déjeme prepararme! — gimió Chester, más muerto que vivo —. ¡Déjeme batirme como en su película!

Tocó a Swift en lo vivo y respondió magnánimamente:

—¿Quiere usted batirse a oscuras? ¡Sea!

Entonces Chester propuso que fuera en la calle, pero Swift objtó que podría huir. Simmons indicó que podían batirse en la habitación de al lado. Quedó convenido que Rogelio sería el testigo de la lucha y los tres se encerraron en la habitación contigua.

Una vez que fué apagada la luz, de un ligero salto Chester se colocó en una monumental lámpara.

Swift y Rogelio empezaron a atizarse de lo lindo. Chester, encogido en su escondrijo, oía los golpes que atronaban en la oscuridad.

La lucha fué larga. Alguien aporreaba la puerta desde afuera, pero Chester no tenía fuerzas para abrir.

Por fin se desplomaron los cuerpos de ambos luchadores. Hubo un momento de silencio, y cuando Chester se persuadió de que Swift y el otro ya se hallaban extenuados, bajo y fuese a abrir.

El pobre señor Simmons entró, presintiendo la tragedia, y con gran alegría se convenció de que su consciencia estaba *intacto*. En cam-

bio los cuerpos de Swift y Rogelio se hallaban en tierra sin sentido.

Afuera oyéreronse pasos y las voces de Ethel y su madre que se acercaban.

—¡Pronto, que aquí vienen las mujeres! — Ponle el pie encima! — ordenó el suegro —. Este será el hermoso epílogo de esta historia.

Chester lo hizo así, y cuando Ethel se detuvo ante el umbral y vió a su novio victorioso, aplastando a su rival como en una estampa de gladiadores:

—¡Oh, corazón! — dijo corriendo a su encuentro y echándose en sus brazos —. ¿No te lastimaron esos brutos?

FIN



El

Teniente Seductor

Levantan del penoso suelo el amor
y —————

El Desfile del Amor

Levantan el sol de la tristeza
y las lágrimas de la amargura
y —————

Son las más grandes producciones de

Maurice Chevalier

Ambas han sido publicadas en —————



Ediciones BIBLIOTECA FILMS

104 Páginas de texto e ilustraciones: UNA pfa.

PEDIDOS A —————

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707 - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitir cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

ha editado

5

grandes
super-
producciones de la cinematografía sonora



El Teniente del Amor
la dama de una noche
Kismet
Nacida para amar

cuyos intérpretes son:

DOLLY HAAS FRANCESCA BERTINI
LORETTA YOUNG C. BENNET

Publicados en elegantes tomos de 104
páginas de texto e ilustraciones. **UNA** pta.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"
Apartado de Correos 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado Franqueo gratis

Maurice CHEVALIER



EL TENIENTE SEDUCTOR